

En pago del amor, dí el mundo entero: sin nada me quedé: á ser la creación mía, sin vacilar la diera por el amor. Pero me llamo á engaño: todo lo di, y no sé adónde este amor me arrastra: estoy anonadado: paso por loco: vendíme, y ya nada valgo.

Pensaba el mundo atraerme de nuevo: llamábanme los amigos que siguen otro rumbo. Mas quien se entregó no puede volver á entregarse, ni el siervo librarse de la servidumbre: antes se ablandaría el risco que en mí se extinguiese el amor. Mi alma toda en él se abrasa: unida transformada, ¿quién puede arrebatárle su amor?

Ni hierro ni fuego la apartarán de él: no se separa lo que en tal manera se unió: ni dolor ni muerte llegan á las alturas en que el alma vive: debajo de sí ve todo, y sobre todas las cosas se eleva. Pues, alma, ¿cómo alcanzaste á poseer tanto bien? Diótelo Cristo: abrázate con él amorosamente.

Oye, dulce dueño, mis penas. No puedo resistir tal ardor: apoderóse el amor de mí, y ni sé por dónde ando, ni lo que hago, ni lo que digo, voy como fuera de mí; á veces desfallezco; no acierto á llevar este martirio, que con mortales ansias me roba el corazón.

Robado me han el corazón: no sé cómo haga: los que me ven, preguntan si place á Cristo amor sin obras; mas ¿qué culpa tengo yo si no te place? Que el amor me aprieta y ciñe hasta quitarme habla, voluntad y acción; perdí la facultad de sentir.

Hablar supe, pero me he vuelto mudo: veía, y cegué: no hay más hondo abismo. Callando hablo, huyendo me prenden; cayendo subo, poseyendo me poseen. ¡Amor sin límites, por qué me enloqueces y matas en tan ardiente horno!

CRISTO. — Ya que me amas, regula tu amor: sin orden no hay virtud, quiero que me ames con ordenado afecto: por sus frutos se conoce el árbol: por sus resultados las cosas todas.

Cuanto he criado, con número y peso lo crié, y ordenélo á su fin. Mediante el orden se conserva todo: y la caridad, más aún es por su naturaleza ordenada. Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de orden estás.

FRANCISCO. — ¡Oh, Cristo! ¡El corazón me robaste, y pídesme que ordene mi mente su amor! Pero si en Ti me transformé, ¿cómo he de mandar en mis afectos? Como el hierro se inflama al fuego, y al sol se ilumina el aire, y pierden y mudan forma, así la mente vestida de Ti es amor.

Ni tú te libraste del amor: hízote bajar del cielo á la tierra. por amor descendiste á bajeza tal: despreciado anduviste por el mundo: ni casa ni heredad poseíste, sino pobreza que nos enriqueció; ¡en vida y en muerte mostraste el amor sin límites que en tu corazón ardía!

No te contuvo la cordura cuando derramaste tu amor: no naciste de la carne, sino del amor, amor encarnado para salvarnos: por abrazarnos deseaste la Cruz; y hasta pienso que aquel silencio tuyo y aquel no defenderte ante Pilatos, fué por lograr tal premio en la Cruz amorosa.

Allí se retiró la cordura y vióse el amor solamente; allí no sirvió el poder, ni la virtud aprovechó. Allí se derramaba el amor grande, y en rostro y voluntad sólo se veía amor, amor que desde la Cruz tan amorosamente abrazaba al hombre.

Si estoy, pues, enamorado, embriagado con tal dureza, quién me zaherirá por ello, ¡oh Jesucristo! ¿Qué mucho que haya enloquecido y perdido fortaleza y vigor, si á Ti el amor te dominó de tal suerte que casi abatió tu grandeza toda? ¿Cómo pretendes que yo resista? ¿Quién no querrá enloquecer de ti, amor?

Bien se ve cuán distintas son entre sí las tres poesías atribuidas á san Francisco. *In foco* es una *tención*, no sólo por su forma, sino por su carácter caba-

heresco y apasionado; abunda en imágenes atrevidas y brillantes que subyugan la fantasía y encienden la mente: escrita parece en verdad con caracteres de llama. Hasta la lanza, el broquel, los dardos, el caballero que se arma para cabalgar por los dominios de Cristo, son reminiscencias trovadorescas; y la arrebatadora energía, el brillo y abundancia de la vena poética que fluye en *In foco*, contrastan con la sobria concisión de *Frate Sole*. *Amor di caritate*, con carecer del impetu y colorido extraordinario de *In foco*, es más perfecta, rica y acabada obra de arte; al par que corrección de forma, atesora profundidad y elevación de pensamiento: no es posible análisis más detenido, ahincado y hondo de un alma apasionada, ni exposición más hermosa de los conceptos de la mística, ni diálogo más elocuente entre el alma y Dios. No es la tranquilidad extática de la unión: es el ansia insaciable de la posesión y del goce, un alboroto de afectos que sujeta la rienda de oro de la rima: son las frases vehementes y persuasivas del amor humano, sublimadas á declarar los más arcanos anhelos del divino. En tan largo poema no se abate jamás la inspiración. Divídese en estrofas de diez versos, de artificio métrico primoroso; mas el corazón que siente y la mente que rige aun son superiores en este caso al arte que alia. Con razón aplica un biógrafo de san Francisco (14) á *Amor de caritate* lo que san Bernardino de Sena dijo del *Cantar de los cantares*: « Es el amor quien canta en este cántico, y si alguno quisiese comprenderle, fuerza será que ame. El que no ame, en balde oirá este cántico de amor: no puede un alma fría entender sus cláusulas ardientes: bárbaro y extraño es su idioma para los que no aman: hiéreles el oído como vano y estéril són » (15).

Ahora bien: ¿es admisible, sin incurrir en ligereza crítica, que poesías tan diversas entre sí como las que quedan trasladadas ó extractadas, sean obra de un mismo autor? Y puesto que á un solo autor se adjudiquen, ¿será san Francisco de Asis?

Respecto de la primera, *Cántico del Sol*, parecen tan convincentes los testimonios, — en particular el desinteresado y coetáneo de Tomás de Celano, — que la dan por obra de san Francisco, que no es lícito albergar la duda más leve. Importa poco que la primer mención expresa de tal poesía la haga Bartolomé de Pisa en un libro escrito en 1385, ciento sesenta años después de la muerte del Santo; pues las palabras y señas de Celano se refieren claramente al himno, en términos de no poderse aplicar sino á él. Por lo que hace á *In foco* y *Amor di caritate*, considero que la opinión de Ozanam suelta las dificultades que ofrece el aceptarlas como de san Francisco. Piensa el autor de los *Poetas Franciscanos* que ambas poesías revelan en su factura labor de mano más experta que las retocó: el tema es de san Francisco, pero dispuesto, ordenado y quizás parafraseado por algún discípulo competente en literatura. Á este dictamen del elegante crítico puede agregarse la observación de que el retoque y arreglo de las poesías debió ser bastante posterior á san Francisco, en vida del cual, no habiendo alcanzado la lengua tal perfección, balbucía sus primeras ingenuas rimas. Prueba de que el romance no ostentaba en tiempo de san Francisco mayor pulimento del que le dió en *Frate Sole*, y por consiguiente, no debe imputarse al escritor la rudeza y tosquedad del habla, es el hallar aún más imperfecta y escabrosa que la suya la elocución de otro canto contemporáneo, compuesto nada menos que por el poeta laureado del César,

Guillermo de Lisciano, más adelante fray Pacífico (16).

Se demuestra, pues, que de tres poesías atribuidas á san Francisco, sólo una puede (al menos en su forma actual) haber sido escrita por él. Es dable que se presente en algún monumento de literatura arcaica un fenómeno como el de la lamentación de Jorge Manrique, donde estrofas enteras parecen escritas ayer; pero son azares inverosímiles en un idioma que, literariamente hablando, está en mantillas y es aun informe é incierto. Para inducirnos á creer que *In foco* y *Amor di caritate* sean de san Francisco, se aduce la autoridad, ciertamente poderosa, de san Bernardino de Sena, que se las atribuye de un modo terminante. Si damos por buena la solución de Ozanam, no hay reparo en que, en efecto, los materiales del edificio de ambas composiciones pertenezcan á san Francisco; pero la construcción, á algún fraile poeta que por humildad ocultó su nombre tras el del maestro; con lo cual pudo san Bernardino de Sena, sin ofensa de la verdad, atribuir sus cantos á su primer dueño, callando lo demás, ó por sabido, ó por deferir á la voluntad del arquitecto mismo. Indicio moral vehementísimo, en apoyo de este parecer, es la viveza y color con que *In foco* expresa lo que san Francisco debió experimentar al recibir los estigmas en la cumbre del Sinaí franciscano, el monte Albernía, al momento que vió descender sobre él un serafín con seis alas, fijo en una cruz, que con rayos de fuego le atravesó manos, pies y costado. No cabe significar con más fuerza la visita inefable y terrible del espíritudivino en la transverbación misteriosa, que en la imagen de aquel hombre agobiado, anonadado, falleciendo de deleite, caído en tierra, sin aliento y sin vida, partido el corazón con el

cuchillo de un placer más intenso que todos los dolores imaginables, abrumado y fuera de sí á puros goces que no le caben ya en el alma. Aparte de este eco de tan importante circunstancia en la vida de san Francisco, se percibe en *In foco* el carácter del aventurero mancebo que sólo renunció á militar con Gualtero de Briena para hacerse caballero andante del divino amor, y que llama á sus éxtasis un paso de armas y á sus deseos del cielo una cabalgata por los dominios de Cristo. *Amor di caritate* no refleja ninguna época señalada en la existencia de san Francisco; la idea fundamental, un amoroso pugilato entre Cristo y el alma, es propia de la mística franciscana; pero la profundidad con que se ventila el punto de la recta ordenación del amor, parece que indica pensamiento analítico y reflexivo, fijo en sucesos posteriores á san Francisco: disensiones de mitigados y zelantes, controversias sobre la pobreza, herejías quietistas. Falta la sencillez propia del Santo, y hay amplificaciones, hermosas y diestramente introducidas, y que, no obstante, semejan postizas en el estilo del penitente de Asís. En suma, *Amor di caritate* es la poesía donde menos se destaca la personalidad de san Francisco, lo cual esfuerza la sospecha de que la parafraseó otro poeta verdadero, mas de distinta índole, incapaz de encerrar su vena copiosa en los límites del tema propuesto.

De todas suertes, resulta que san Francisco de Asís fué, no solamente poeta, sino señalador de un nuevo rumbo poético, fundador de una escuela fecunda, lozana, destinada á brotar innumerables y floridos retoños. No consideraron la poesía los frailes como los trovadores; donde éstos veían un arte, aquéllos encontraron vehículo para llegar al corazón del pueblo;

el trovador versifica sediento de conquistar gloria y aplauso; el fraile, de expresar sus temores y esperanzas, sus aspiraciones y creencias, de conmover y corregir: rima sus devotas ternezas, sus altas contemplaciones, sus regalados arrobos, las dramáticas escenas de la Pasión, los terrores del infierno, los premios del paraíso: moraliza, enseña, satiriza, ahonda problemas teológicos, suelta la rienda á sus afectos, y, sin saberlo, funda é impulsa las mejores direcciones de la nueva poesía italiana, desde el realismo dantesco hasta el melancólico lirismo de Petrarca, no exento de sabor místico á despecho de su filiación provenzal.

En dos ramas se dividen los poetas franciscanos: latinistas y escritores en dialecto vulgar. Descuento de la pléyada á fray Pacífico, el laureado cantor, á pesar de haberlo incluido Ozanam, y á imitación de Ozanam, cuantos tocaron este asunto, pero sin razón plausible, en mi concepto, como no sea la de enriquecer con un nombre más el catálogo. Guillermo de Lisciano no sigue la dirección poética que comienza con san Francisco: es un trovador de la escuela de Sicilia; entra en el claustro, y desde entonces no se sabe que haya rimado cosa alguna; á lo sumo se cree que dividió en estrofas el cántico de *Frate Sole*, y que compuso la música de ciertos himnos piadosos que á coro entonaba el pueblo. Por lo demás, es probable que el nombre de Guillermo de Lisciano yaciese hoy sepulto en el olvido, á no haber tomado él justamente la resolución de enterrarse en una celda. Gran fama gozó, sin embargo, en el siglo: llamábanle *Rey de los versos*, y dícese que nadie le aventajó en canciones eróticas y en poesías galantes y libres (17), por lo cual el Emperador le coronó con gran pompa, honor á ningún otro otorgado. Acontece

al *Rey de los versos* lo que suele á los trovadores: célebres en vida por trovas, lo son en la posteridad por su vida. ¿Quién lee hoy á ninguno de aquellos cantores tan encomiados, sino el erudito, al inquirir los orígenes de la literatura moderna? Lo que nos interesa é interesará siempre es Guillén de Cabestany con el corazón arrancado por el celoso marido de Margarita; Rudel navegando hacia Tierra Santa en busca de la condesa de Trípoli, á quien ama sin conocerla, contrayendo en la travesía una enfermedad mortal, y expirando en el júbilo de la primer caricia y del anillo que su amada le pone en el dedo; Bernardo de Ventadour, expiando penitente en el Cister sus devaneos mundanos y su demasiada fortuna con las damas; Guillermo de Lisciano desciñéndose la corona de laurel para calarse la capilla de san Francisco. Inmortalidad, no en literatura, pero sí en la leyenda y en la historia. La verdadera poesía que hoy nos resta del que después fué fray Pacífico, son sus visiones, cuando casualmente oye predicar á Francisco de Asís en San Severino, y ve el cuerpo del predicador atravesado por dos espadas resplandecientes en figura de cruz, y escrita en su frente la letra Tau, signo misterioso con que el ángel de la profecía de Ezequiel señala á los que no serán exterminados, porque gimen; y en el cielo divisa el sitial de oro que perdió Satanás por su soberbia, reservado para el humildísimo mendicante, y echándose á los pies de san Francisco, le pide la cuerda y el sayal y un nombre de paz que encubriese la profana gloria del suyo. Amén de maestro en gaya ciencia, debió Pacífico ser docto en otras materias, cuando Blanca de Castilla le eligió para educador del gran príncipe con razón llamado el Marco Aurelio del Cristianismo.

Entre los latinistas franciscanos descuella Tomás de Celano, autor del *Dies iræ*: inspiración tan grandiosa, que aun hoy, que no aterra á las multitudes el miedo á los castigos de ultratumba, infunde religioso pavor al resonar en las misas de difuntos. Su imponente y vaga sublimidad es perceptible hasta para los que no saben latin, merced á especial combinación eufónica, á una relación musical del sonido de las palabras y el asunto de la poesía, por lo cual acertadamente nota un crítico ilustre (18) que en tan magnífica secuencia las asonancias y consonantes reiteradas adquieren singular majestad.

*Dies iræ, dies illa  
solvet seclum in favilla,  
teste David cum sybilla* (19).

« No hay duda, añade, en que cuando la frecuente repetición de estas sílabas uniformes se apoyaba en la majestuosa lentitud del canto gregoriano, debía ejercer gran imperio en las almas. Y al emplear un poeta moderno, Goethe, este mismo canto como recurso dramático, instrumento de terror y remordimiento, que conturba la imaginación de una jóven, muestra haber comprendido lo mucho que aumenta la emoción religiosa el sonido de aquellas finales terribles. »

Tomás de Celano fué uno de los sabios que corrieron atraídos al foco de la naciente Orden Franciscana cuando ésta se hubo arraigado y constituido. En el claustro no olvidó las letras, antes escribió lo que había de ganarle duradero nombre: la vida de san Francisco, y las secuencias *Sanctitatis nova signa* y *Dies iræ*; la propiedad de esta última se le disputa, sin argumentos que basten á negársela (20).

Tal vez debiera preceder á Tomás de Celano, san Buenaventura. El gran metafísico, Platón de la Edad Media, es insigne poeta en verso, en prosa, y hasta cuando especula racionalmente. Su temperamento poético se revela en todo y siempre; condiciona su filosofía, informada por ardiente misticismo, empeñada en ir más allá que la flaca razón, y remontarse á esferas de luz y serenidad y amor, ayudándose de la fantasía para representar con emblemas y signos y figurar en las cosas sensibles la belleza suprasensible que no concibe el intelecto: á cuyo fin hemos de apelar « á la gracia y no á la ciencia, al deseo y no al discurso, al gemir de las oraciones y no al estudio de los libros, al Esposo y no al pedagogo, á Dios y no al hombre (21). » Á san Buenaventura debemos los tiernos é interesantes pormenores de la familiaridad de san Francisco con las aves y comercio afectuoso con la naturaleza toda, consignados en su hermosa Leyenda: él nos pintó las alondras revoloteando sobre el techo de la casa en que san Francisco yace cadáver, y celebrando con alegre piar su glorioso tránsito; que en éstos y otros ingenuos detalles se complace y detiene el pensador de magna inteligencia. Por san Buenaventura fué establecida la devoción del *Angelus*, oración poética de la tarde, que tiene algo de la apacible tristeza crepuscular (22). Apasionado amador de la Virgen, consagróle buena parte de sus poemas y cantó sus loores en floridos y galanos cármes:

*Ave, caeleste liliu !  
Ave, rosa speciosa !  
Ave, mater humilium,  
superis imperiosa !  
Deitatis triclinium !*

*Hac in valle lacrymarum,  
da robur, fer auxilium,  
o excusatrix culparum!* (23).

Digno de estudio entre todos los poetas de la Orden, más aún que ambos cronistas de san Francisco, el sabio Celano y el filósofo idealista de Bagnorea, es Jacopone de Todi; porque significa á la vez como hombre y como poeta, como político y como penitente; porque comprende y domina ambos géneros, el latín litúrgico y la poesía en romance; porque descubre recónditos manantiales de poesía en el inculto campo popular, y porque son sus poemas trasunto fiel del espíritu de su edad y de la vida de su tiempo, considerada desde uno de sus puntos de vista más característicos.

En Jacopone, para entender al poeta, importa estar al corriente de la vida y vicisitudes del hombre, que dan la clave de cuanto escribió; porque, á diferencia de los trovadores, Jacopone no compuso estrofa que no traduzca exactamente el estado de su ánimo, ó desahogue algún sentimiento profundo, ó se relacione con los sucesos de su agitada existencia: sin que, á pesar de este que hoy llamaríamos subjetivismo, haya poesía más objetiva que la suya, en cuanto á reflejar lo que siente el corazón y piensa el cerebro de su época y de su siglo. Narremos, pues, la historia de Jacopone, sin los escrúpulos que asaltaron al docto Ozanam cuando tuvo que hablar de un Beato, reverenciado en los altares, y adversario acérrimo de un Papa. Lejos de ser piedra de escándalo, Jacopone y su vida representan exactamente la Edad media, aquella era en que la Iglesia de Cristo fué amada con delirio, y por ende, zelada con rabia; en que todos querían cus-

todiar la pureza de la mística Esposa, y la sospecha de la profanación encendía furor inextinguible; en que los intereses de la Cristiandad eran el interés de cada cristiano, y en que tan alto rayaba la espiritual libertad, que nadie extrañó que los Papas autorizasen el culto del poeta que eligió á un Papa por blanco de sus quemantes sátiras.

Nada encierran digno de mención los primeros años y mocedad de Jacopone. Fué nacido en Todi, villa de origen etrusco, muy importante á fines del siglo XIII, que hoy sólo atrae al viajero por sus fuertes murallas antiguas y curioso templo de Marte. Era Jacopone de la familia de los Benedetti, ciudadanos pudientes y respetados en la villa: siguió con lucimiento el curso de Derecho en la Universidad de Bolonia, y terminados los estudios y graduado, volvióse á su país natal, ejerció la profesión y fué presto el jurisconsulto de más nombre en Todi. Rico, y esperando aún mayores ganancias, tomó esposa joven, bella é ilustre, y duraban aún las amorosas finezas entre los consortes, cuando acertó á llevarla un día á presenciar los públicos regocijos que en la villa se celebraban. Era uso erigir para las damas un palco elevado desde donde viesan cómodamente los populares festejos: subió á él la esposa de Jacobo Benedetti, y de pronto, en mitad de la función, desplomóse el tablado con estrépito espantoso, y las infelices que lo ocupaban cayeron de él revueltas en montón informe. Corrió Jacobo; de entre los palpitantes cuerpos sacó en vilo el de su mujer, y como respirase aún, quiso desabrocharle el jubón: resistíase ella con todo el resto de sus fuerzas; condújola entonces á lugar más apartado, y al descubrir el blanco seno, vió, bajo el traje de gala de la moribunda, áspero cilicio. Al punto mismo

conoció que lo que estrechaban sus brazos era ya un cadáver.

Apenas es dado concebir en la actualidad el efecto de situación semejante en el alma de un hombre de la Edad media : catástrofes presencian hoy los individuos y los pueblos, mas de ordinario las olvidan presto, y ni influyen en su conducta, ni estremecen su conciencia, ni sugieren la idea de la eternidad y de la vida futura, que presta tan dramático interés á los monumentos artísticos de los siglos XII y XIII. Desde el instante en que Jacobo vió expirar á su gentil compañera, dióse á extravagancias tales, que parecía sin seso; y en breve Jacobo Benedetti, el renombrado jurisconsulto, el influyente ciudadano, fué señalado con el dedo por los granujas de la calle, que convirtieron su nombre en el despectivo de *Jacopone*, Jacobo el loco, el insensato. Vendió bienes y casa, y según costumbre de entonces, repartió á los pobres el precio : pasábase día y noche en las calles, vestido de andrajos, siendo objeto de mofa y desdén. Convidanle á la boda de su rica sobrina, y asiste untado de miel y emplumado : le reprende su familia por tan peregrino arreo, y contesta : — « Piensa mi hermano ilustrar nuestro nombre con su cordura, y lo he de ilustrar yo con mi demencia. » — En otra fiesta se presenta andando en cuatro pies, cinchado y aparejado como asno, entristeciendo con tal vista á los espectadores, que recordaban su clara inteligencia y su ciencia forense. Le entrega un pariente suyo un par de pollos, y le dice : « Llévalos á mi casa. » Jacopone los deposita en el mausoleo de familia : enójase el dueño de las aves, y él responde : — « Pues, ¿cuál es tu casa sino esa que has de habitar por toda la eternidad? » — Entre burlas y veras, causaba ya Jacopone cuándo

risa y cuándo respeto, y á algunos parecía ejemplar penitencia su locura : la multitud se congregaba á oírle, si en plazas y calles, con estilo fogoso y apasionado, reprendía los vicios. Diez años corrieron de esta suerte, y Jacopone, terciario ya, quiso ingresar en la Orden de los Menores. Recelaban los frailes admitirle, por su extraño proceder y por la sospecha de enajenación mental; con tal ocasión se reveló por vez primera el poeta, y Jacopone escribió dos poemas, que le abrieron las puertas del convento. Está el uno en prosa rimada latina, en italiano vulgar el otro : titúlase el primero *De contemptu mundi*, no rebasa del límite de tantas declamaciones como siempre se pronunciaron acerca de la vanidad de las cosas humanas y los goces percederos de la tierra, asunto manoseado en todas las literaturas desde la hebrea hasta la contemporánea; pero en el segundo despunta ya el poeta genial, y se inaugura su manera propia, aquella rusticidad semi-plebeya, aquella pujanza y franqueza en el sentir, aquellos destellos felices, aquella originalidad ardiente y sin freno.

*Udite nova pazzia  
che mi viene in fantasia...*

Escuchad, escuchad una nueva locura que á las mentes se me vino. Quisiera estar muerto, porque viví mal. Dejo los goces del mundo y tomo mejor camino. Quiero probar si soy ó no soy hombre : negarme á mí mismo y llevar la cruz para hacer locura duradera. Yo diré cómo ha de ser esta locura : confundirémeme y mezclaréme con hombres indoctos, que desbarran con santa insensatez.

Cristo, tú conoces lo que pienso y sabes cuán grandemente desprecio el mundo, donde permanecí por empe-

ño de aprender filosofía. Pretendí, empapándome en la metafísica, llegar á ahondar la teología, saber cómo puede el alma gozar de Dios, pasando por todos los grados de jerarquía celeste, cómo la Trinidad hace un Dios único, y cómo el Verbo hubo de encarnar en María. Divina cosa es la ciencia : crisol donde se refina el oro de ley. Pero ¡ á cuántos perdieron los sofismas teológicos ! Oid, pues, lo que he resuelto : he resuelto pasar por estúpido, ignorante y mentecato, por hombre extravagante y risible. Vayan noramala silogismos, retruécanos y sofismas, aforismos é insolubles cuestiones y arte sutil del cálculo. Gritad cuando os plazca, tú, Sócrates, y tú, Platón ; os dejo sofocaros, argüiros mutuamente y atollaros en el pantano al fin. Quédese allá el arte maravilloso cuyos secretos reveló Aristóteles y las platónicas doctrinas, heterodoxas á veces. El entendimiento sencillo y puro se eleva solo, y sin auxilios de la filosofía, sube á presencia de Dios. Os dejo los rancios libros que amé tanto, y las rúbricas de Cicerón á mi oído tan gratas. Os dejo el tañer de instrumentos, las cancioncillas, las damas y damiselas hermosas, sus artificios, sus mortales flechas y sus sutilezas y ardides. Sean vuestros, florines, ducados y carlinos, nobles y escudos genoveses, y toda mercancía semejante. Á ensayarme voy en religión estrecha y poderosa : ya dirán las pruebas si soy latón ó bronce. Voy á gran combate, á dura labor, á terrible esfuerzo. ¡ Oh Cristo, asístame tu fortaleza y salga yo victorioso ! Voy á amar con amor la Cruz cuyo fuego ya me consume, y pedirle humilde que se me pegue su locura. Voy á innovar en mi alma contemplativa que venza al mundo ; voy á buscar paz y gozo en dulce agonía. Voy á intentar entrar en el paraíso por sendas que conozco ; Señor, dame que entienda y cumpla tu voluntad aquí, que después no me cuidaré de si es resolución tuya perderme ó salvarme.

Expresa este poema todas las aspiraciones del mis-

ticismo, hasta tocar al borde del quietismo, donde, sin embargo, no llega á precipitarse el poeta. Á un lado, filósofos, teólogos, sempiternos disputadores, ergotistas vacíos ; dejemos la ciencia deficiente que intenta apagar con huecas frases y pomposas definiciones la sed inextinguible de verdad que abrasa el alma ; pongamos el labio en la fuente eterna de vivas aguas, el amor ; hagámonos párvulos, fatuos, más ínfimos que el lodo de la tierra, para poder entrar en el reino de los cielos.

En la primer época de su ingreso en el claustro, ofreció Jacopone el curioso ejemplo de imitación de los actos del Fundador, tan frecuente en las Órdenes fervorosas. Como san Francisco, no quiso pasar de lego, y rehusó el sacerdocio ; como él, vagaba por el campo, abrazaba los árboles y las rocas, derramaba copioso llanto, y si le preguntaban el por qué, respondía : — « Lloro porque el amor no es amado. » — En la exaltación de su espíritu, en sus encendidos transportes de caridad deseaba bajar al purgatorio y al infierno y sufrir él solo los tormentos de todos los réprobos y hasta de los mismos ángeles malos, por aliviarlos ; y por refinamiento de tortura anhelaba que, sin agradecersele, le volviesen despreciativos la espalda y entrasen en el cielo antes que él y á vista suya, dejándole en los negros abismos : gigantesco sueño de un martirio indefinido, de una crucifixión universal, la hiel de todas las amarguras derramada sobre un hombre solo, y bebida con ansia, como si fuese divina ambrosía. Comía Jacopone pan duro y escaso ; ajengos echaba en el jarro del agua : en cierta ocasión deseó un trozo de carne, y por castigo del deseo, colgó la vianda en su celda, hasta que, corrompiéndose, infestó el aire, y el guardián del convento encerró á